

movimiento popular por el primitivamente escitado; y sus aparentes cóleras contra los ingleses no eran sino ardidés para arrancarles concesiones y obtener los desagravios y plena justicia que bien sabia habia de llegar para su país.

O'Connell ha dejado una numerosa familia y cuatro hijos. El mas jóven de ellos, individuo del parlamento, y el mas querido del padre, le acompañó todo el tiempo en su penoso viage de Lóndres á Génova con el fin de ir á visitar al sabio Pio IX, y someter á la aprobacion del sucesor de S. Pedro sus hechos y sus escritos. Los otros tres, el mayor individuo tambien del parlamento, hace mucho tiempo se halla en su casa de campo muy delicado de salud. De los dos restantes, el uno ocupa una situacion muy honorífica, y el otro, si bien individuo del parlamento, se halla casi siempre en Dublin dirigiendo los asuntos de la asociacion *del rapeal*.

O'Connell, el libertador de la Irlanda, el que con su celo, laboriosidad y talentos logró alcanzar para los católicos de la infeliz Irlanda se rompiesen tantas cadenas como los aprisionaban, y luciesen allí para el Catolicismo dias de libertad y de justicia; O'Connell falleció en Génova en la noche del 15 de Mayo de 1847, á los setenta y dos años de edad. La Irlanda ha sufrido una pérdida irreparable, y el gobierno, aunque protestante, lo mismo que el mundo entero, sintieron vivamente la muerte del campeón del Catolicismo Irlandés.

El inmortal O'Connell ocupará en la historia un lugar eminente entre los ínclitos defensores de la humanidad, de la religion, y sobre todo, de la emancipacion de su amada patria la infortunada Irlanda, de esa nacion heroica, cuya constancia en la fé es la admiracion de todos, y cuya horrorosa miseria se resiste el ánimo á recordar. *(Nota del Editor.)*



LA INDIFFERENCIA SOCIAL

EN

MATERIAS RELIGIOSAS.

La indiferencia del individuo en materias religiosas, es decir, un completo descuido del negocio que mas le importa, un olvido de verdades terribles que al fin la muerte le ha de recordar, es cosa reprobada por la razon y el buen sentido; es un sistema funesto que se sigue, pero que no se aprueba; y el hombre que camina por ese sendero de perdicion, es el primero en reconocer que su conducta es insensata. Sea cual fuere el grado á que llegue entre los hombres la incredulidad, sea cual fuere el apartamiento en que vivan de las convicciones religiosas, sea cual fuere el dominio que sobre ellos ejerzan las pasiones, interesadas, como es claro, en ahogar el recuerdo de las severas verdades que las enfrenan, siempre es cierto, siempre es innegable, siempre está patente á los ojos, que el hombre muere, que su vida es muy breve, que mas allá del sepulcro hay el temor de alguna realidad tremenda; temor que no han sido parte á disipar todas las cavilidades de una escasa porcion de sofistas, empeñados en desmentir las creencias de todos tiempos y paises, en contrariar las tendencias religiosas del linage humano, en borrar del corazon del hombre ese misterioso sentimiento de la otra vida, que desplegándose en su alma desde que abre los ojos en la cuna, le acompaña en todos los periodos de su existencia, y se despierta mas eficaz, mas vivo, mas pavoroso, en el momento terrible en que

va á pisar el borde del sepulcro. Por estas razones la indiferencia del individuo en materias religiosas no se defiende en teoría, por mas que se siga en la práctica; y cuando se reconviene á los indiferentes por su imprevisión y ceguedad, no encuentran otra respuesta que uno de aquellos indefinidos aplazamientos á que apela en su confusión é incertidumbre la debilidad humana.

Pero si esto sucede con respecto al individuo, no se verifica lo mismo cuando se trata de la sociedad: ésta, en juicio de algunos, debe mostrarse del todo indiferente en religion; desde el gobierno supremo hasta la última rueda de la administracion, todo debe llevar el sello de este indiferentismo; y entonces dan los pueblos una relevante prueba de su adelanto, cuando se puede afirmar de ellos en toda la estension de la palabra aquel famoso dicho: *la ley es asea*. Dejaremos aparte lo equivocado y funesto de semejante sistema en sus relaciones con el bienestar hasta material de los pueblos, y con la conservacion del orden y paz en los Estados, pues que bajo este punto de vista se halla ya la cuestion tan bien dilucidada, que es difícil añadir nada que pudiera ilustrarla; y así, entraremos en otra clase de consideraciones, que por lo comun suelen tenerse menos presentes.

En este error han influido dos causas: una es la incredulidad disfrazada que se ha empeñado en desterrar la religion del corazon del individuo, aparentando que solo la combatia en las instituciones públicas; siendo la otra la mala inteligencia que se ha dado á ciertas proposiciones generales, susceptibles, como acontece en tales casos, de mil sentidos é interpretaciones. La diferencia de las dos sociedades, la religiosa y la civil, es una verdad incontestable que salta á la vista con solo considerar sus respectivos objetos. La una se propone asegurar los destinos temporales del hombre; la otra los eternos: la una toma por esfera de su accion esta vida mortal y pasajera, y no se estiende mas allá del sepulcro; la otra considera la mansion del hombre sobre la tierra como un tránsito para otra vida mejor, como un verdadero viage, y le muestra ya desde su nacimiento los altos destinos que le aguardan despues de la muerte: la una ejerce su accion sobre el hombre esterior, afectando su cuerpo ó sus intereses, y no obrando sobre el hombre interior sino de un modo muy indirecto; la otra influye directamente sobre el alma; á ésta se encamina sin rodeos, la busca en sus mas recónditos arcanos, le inspira los pensamientos, le prescribe las intenciones, arregla sus deseos, señorea todos sus movimientos, y no hay seno del corazon, por mas oscuro y profundo que sea, donde no llegue su vista penetrante, donde no alcance su accion reguladora. La sociedad civil, obrando so-

bre el individuo, es el hombre que obra sobre el hombre; pero la sociedad religiosa es la accion de Dios sobre el hombre; y los hombres, segun la expresion del sagrado testo, ven las cosas que se presentan esteriormente; Dios ve intuitivamente el corazon.

Todo esto es de una verdad y certeza indisputables; y si de aquí se infriese la diferencia de las dos potestades, las diversas esferas en que deben obrar, los diversos medios de que se deben valer, nada se encontraría que no esturiese muy conforme con la razon y con las sanas doctrinas religiosas. Pero desgraciadamente se trastornan de tal manera las ideas, que muchas veces solo se hace servir la diferencia indicada para vigilar con excesiva suspicacia las invasiones del poder espiritual sobre el temporal, y para dejar en lamentable descuido las obligaciones de la sociedad civil con respecto á la religiosa. Enemigos somos de que la potestad civil se entrometa en los asuntos religiosos, ni que bajo ningun pretexto se salven las barreras que son una garantía de la conservacion de la religion, de la tranquilidad de las conciencias, y del buen orden y paz en los Estados: sabemos muy bien que en este camino hay una pendiente resbaladiza, que empieza por una cesageracion de las regalías, y acaba en la supremacia religiosa de Enrique VIII; pero si bien aplaudiríamos á todo gobierno que observase en esta parte una conducta prudente y mesurada, creemos tambien que seria muy funesto que el poder civil, lejos de mirar con rivalidad y celos el poder religioso, no pensase siquiera en él, abandonase á merced de las circunstancias los intereses religiosos, poniendo en planta un sistema de completa indiferencia.

Una cosa es no traspasar los límites que deben respetarse, otra cosa es no obrar cual conviene dentro del círculo de la accion respectiva; y así obraria un gobierno que sin hostigar las conciencias ni entregarse á ningun género de persecuciones, no dispensase la debida proteccion á los ministros del culto, permitiese que por la enseñanza se propagasen doctrinas irreligiosas, que por medio de malos libros se atacasen las verdaderas creencias, difundiendo de este modo la irreligion y la indiferencia, y que no vigilando cual debe, sobre la educacion de la niñez, tolerase que se le inculcaran máximas funestas, que deslumbrando su candoroso entendimiento, emponzoñasen su tierno corazon. Apelar entonces á la diferencia de los dos órdenes, civil y religioso, pretestar que la parte moral y religiosa no es de la incumbencia de la potestad civil, seria confundir monstruosamente las ideas, seria olvidar los deberes mas sagrados, seria dejar que se esparciesen semillas que un dia habrian de ser funestas á la misma sociedad y al mismo gobierno que lo hubiese consentido.

El espíritu de tolerancia que se ha difundido en las sociedades modernas, y que han tomado por norma la mayor parte de los gobiernos, es otro de los motivos con que pudiera excusarse tan culpable descuido, y con que no dejaría de excitar numerosas simpatías. En efecto, la intolerancia en materias de religion, las persecuciones por motivos religiosos, tienen en contra de sí el espíritu del siglo; y así es que hasta en aquellos países en que domina una sola religion, se nota que los gobiernos siguen un sistema de contemporalizacion y lenidad, que excepto el ejercicio público de los cultos disidentes, nadie es incomodado por sus opiniones particulares sobre semejantes materias. En la Italia domina esclusivamente la religion católica; y sin embargo, no vemos que á nadie se persiga por sus ideas irreligiosas; á pesar de que por un concurso de causas, que no es menester recordar, deben de haber cundido allí como en otras partes.

En otros países donde ecxiste la tolerancia de cultos, el espíritu del siglo mantiene á raya la intolerancia de algunos gobiernos, ó impidiendo las persecuciones, ó atajándolas en sus principios. Así hemos visto á la Europa levantar un grito de indignacion contra los duros é injustos procedimientos del rey de Prusia con el respetable arzobispo de Colonia: es oida con disgusto y reprobada unánimemente la conducta del gobierno ruso con los católicos de su imperio; y cada dia va cediendo terreno la intolerancia del protestantismo inglés con respecto á la católica Irlanda. En una palabra, la tolerancia en materias religiosas, ha hecho por do quiera considerables conquistas: allí donde no ecxiste de derecho, va estableciéndose de hecho, siendo este un resultado natural del mismo curso de las cosas, mas bien que de las doctrinas de los filósofos, ni de la política de los gobiernos. Despues de largos años de controversias en materia de religion, despues de tantas guerras como por este motivo han affligido la Europa desde la funesta aparicion del protestantismo, despues de los ataques dirigidos contra todas las religiones, por la filosofia del siglo pasado, y de haberse dividido y subdividido los pueblos en tantas y tan diferentes sectas y opiniones, no es extraño que se haya apoderado de los ánimos un cansancio que los retrae de la lucha, y que á fuerza de tratarse con frecuencia hombres de sectas y opiniones opuestas, hayan llegado á sufrirse mutuamente, á no indignarse por la oposicion en las creencias, y á vivir en la misma sociedad civil en paz y armonía. Estas cosas se hacen mas bien por hábito que por convicciones.

Y nótese bien que de este conjunto de cosas ha dimanado la tolerancia, mas bien que de los discursos que en favor de ella han escrito algunos filósofos; que no siempre han sido ellos los mas tole-

rantes, pudiendo afirmarse que en sus teorías todo lo toleran menos la religion católica, y que en la práctica, siempre que su influencia se ha señoreado de los gobiernos, á nadie han perseguido sino á los católicos. Muy reciente está la revolucion francesa, la hija predilecta de la filosofia del siglo XVIII.

Prescindiendo ahora de la mayor ó menor estension que segun la variedad de países sea conveniente dar á la tolerancia, y considerándola tan solo en general, en cuanto forma uno de los caracteres de nuestro siglo, conviene advertir que los irreligiosos é indiferentes la adoptan como un sistema consecuente al estado de su entendimiento, pues mal puede manifestarse intolerante con una religion particular, quien las mira todas con desprecio ó indiferencia: al paso que los hombres religiosos la miran como el resultado de hechos que ellos no pueden destruir, la consideran como una necesidad de la época; y en cuanto en la palabra tolerancia se entendiense la fraternidad universal, el amor á todos los hombres, el deseo de hacerles bien á todos, aunque profesen religion diferente, la juzgan un deber sagrado que se funda en la misma caridad prescrita por el Divino Maestro, que enseñó que toda la ley y los profetas estaban compendiados en los dos preceptos de amor á Dios y al prójimo, que no exceptuó á nadie de este amor, antes incluyó á los mismos enemigos, mandándonos espresamente que los amásemos, que hiciésemos bien á los que nos aborrecen, que orásemos por los que nos calumnian y persiguen.

Pero la tolerancia no es la indiferencia; y así como un individuo puede ser muy religioso, y sin embargo ser muy tolerante, así la sociedad civil puede abrigar en su seno hombres de diversas religiones, dejándolos vivir en paz, sin forzarlos á seguir esta ó aquella, y no obstante no ser indiferente. El gobierno puede proteger la religion de la mayoría de los pueblos gobernados, no permitiendo que se la ultraje, y dispensando á su culto y ministros los auxilios que necesitan, y por esto no hay necesidad de que se declare perseguidor de los que no profesan la religion dominante, ni de que se entrometa en escaminar las opiniones particulares de este ó aquel individuo; y puede muy bien ejercer esta tolerancia, sin dejar abandonados los intereses religiosos, sin permitir que una escasa porcion de novadores planteen cátedras públicas para estraviar al pueblo, apartándole de la creencia de sus antepasados. Léanse los doctores católicos mas ilustres, aun aquellos que escribieron en tiempos y países donde no dominaba el espíritu de tolerancia, y se verá que con el ardiente celo por la conservacion y progresos de la verdadera religion, sabian muy bien aliár el espíritu de mansedumbre, y la cuerda aplicacion de las reglas de prudencia.

Y volviendo á la diferencia de las dos sociedades, civil y religiosa, conviene advertir que no es verdad que la sociedad civil, como tal, pueda prescindir absolutamente del interés religioso de sus miembros, y que su carácter de terrena le prescriba, ni aun le consienta, el dejar en descuido las cosas del cielo. Es cierto que los intereses espirituales y eternos de sus asociados, no corren principalmente á su cargo, y que esto es atribucion de otra sociedad mas elevada; pero tambien es cierto que obrando dentro de los propios límites, tiene un deber de no olvidar que los hombres, á mas de los destinos de este mundo, tienen otros mas altos y trascendentales en la otra vida. Dicese que la sociedad civil ha de procurar la felicidad de sus asociados; pues bien, si esta sociedad al paso que cuida del bienestar terreno de éstos, se porta con ellos de manera que los induzca con su indiferencia al olvido de la felicidad eterna, lejos de haberles procurado la verdadera felicidad, habrá preparado la desdicha, y habrá merecido las maldiciones de los que hayan sido sus victimas.

En efecto: supóngase una sociedad donde el bienestar material sea llevado al mas alto punto que imaginarse pueda, donde á mas de la satisfaccion completa de todas las necesidades, se disfruten todos los goces que halagan nuestros sentidos y pasiones; si están en ella tan descuidados los intereses religiosos, que los individuos vivan en un entero olvido de los destinos eternos; si al descargarse la sociedad de las generaciones que se van sucediendo, las envia al sepulcro para hundirse en un abismo de penas y desdichas, ¿no se podrá afirmar con razon que la sociedad en que vivieron, y que contribuyó á su perdicion, fué para ellas una atmósfera envenenada, que mejor les era no haberla conocido, ó haber pasado la vida en otro pais menos dichoso, pero mas propio para guiarlos por el camino de otra dicha sin fin? Porque el hombre que ha de vivir en la otra vida, es el mismo hombre que vive aqui; y es absurdo el decir que sea un bien para él lo que proporcionándole algunos goces en esta vida precedera, le conduce á una infelicidad eterna.

Pero ¡ah! la suposicion en que estribamos de una sociedad civil, donde se satisfagan completamente todas las necesidades, donde se obtengan en abundancia todo linaje de goces, es una suposicion arbitraria, sin fundamento en la realidad, porque en cualquiera sociedad á donde dirijamos nuestros ojos, vemos un sinnúmero de desgraciados que vegetan en el abatimiento, en las privaciones y en la miseria; que nacen, viven y mueren en la desventura y en el dolor. Si para estos desgraciados no hay esperanza de dicha en la otra vida; si miembros de una sociedad que no puede sacarlos de la miseria, que apenas alcanza á proporcionarles algunos harapos y men-

drugos, todavía tienen la mala suerte de que nadie cuide de su educacion moral, de que nadie los prepare para alcanzar despues de la muerte una vida mas feliz; si la sociedad en que viven no ha cuidado de proporcionarles los debidos conocimientos en cuanto estaba en su mano; si antes bien con un sistema de culpable indiferencia, los ha dejado que atravesasen el breve trecho de esta vida, sin religion, sin moral, encenagados en la corrupcion, y quizás manchados con el crimen; si al cerrar los ojos en su última agonía pasan del lecho del hospital á una mansion de infortunio, ¿qué habrá sido para esos hombres la vida? ¿qué la sociedad? ¿qué el poderío y el esplendor del imperio bajo cuyas leyes han vivido?

El corazon se aflige y se angustia al considerar la triste realidad de las cosas, la desdichada suerte de la mayor parte de los hombres, la ciega ilusion con que son mirados los objetos. Cuando se trata de las sociedades, no parece sino que se habla de seres ideales ó abstractos, en que ninguna parte tuvieran los individuos; como si las sociedades pudieran ser dichosas sin serlo los asociados, como si la humanidad pudiera ser feliz no siendo felices los hombres. Pasa una série de guerras donde han perecido á millones los hombres, en medio de las cuales han desfilado en el llanto y luto muchas generaciones; revoluciones sangrientas han turbado la paz de los imperios, y conmoviendo los ejes del mundo, han acarreado á innumerables pueblos largos años de inquietud, de convulsiones, de trastornos, de lágrimas y de sangre; ¿y qué resta de todo esto? lo que se llama gloria de algun conquistador, el renombre de algun rey, la fama de algun tribuno; y entre tanto los infelices pueblos surcados por esos huracanes, han desaparecido de la faz de la tierra; ni el nombre de sus individuos se trasmite á la posteridad, yacen sepultados entre escombros y cenizas en el mas profundo olvido, despues de haber pasado una vida de calamidades y desastres.

¿Qué inferiremos de aqui? ¿qué leccion sacaremos de ese cuadro tan triste como verdadero? Las consecuencias son muy obvias. Que la misma historia de la humanidad, la esperiencia de cada dia, la simple observacion de la misma naturaleza de las cosas, nos está enseñando que la mayor parte de los objetos que mas ruido meten en este mundo, que mas deslumbran con su brillo, son una ilusion y una mentira. Que á la mayor parte de los hombres poco ó nada les toca de lo que se apellida gloria, esplendor, poderío, riqueza, bienestar de las sociedades; y que por consiguiente, el primer interés de todo individuo, el primer interés de la humanidad, es el interés religioso, es el interés de los destinos eternos; que el primer amigo del hombre es la religion, que va á buscarle en la cuna para en-

señarle las reglas de bien vivir y morir, que le conduce por la mano en el borrasco tránsito de esta vida, para que no se estravie por los caminos de perdicion, y que abstrayéndole de las cosas terrenas, grabando fuertemente en su alma la verdad de que todo aquí abajo es pasajero, breve, instantáneo, de que lo que mas nos deslumbra y seduce, es vana apariencia y engañosa sombra, le induce á mirar todas las cosas como son en sí; á no darles una cesagerada importancia, y á no poner su esperanza sino en aquel que habiendonos sacado de la nada, nos ha colocado en un valle de lágrimas donde podemos merecer una bienaventuranza sin fin.

Leyendo la historia de la humanidad, es decir, la historia del dolor y del infortunio, salta á los ojos con toda evidencia la necesidad de otra vida, salta á los ojos que no ha podido ser criado el humano linaje para ser en su mayor parte la víctima de toda clase de padecimientos, para ser el juguete de unos cuantos malvados, como en casi todos tiempos y paises le han hecho servir de instrumento á su ambicion, á su codicia y á otras pasiones; salta á los ojos que la organizacion de una sociedad donde se prescindia de los destinos eternos, donde domine el sistema de indiferencia en religion, donde se procure adormecer á los hombres con un lamentable olvido de lo que mas les importa, es una organizacion inhumana, que contradice las mas sanas nociones de la razon, que huella los preceptos de la Providencia, y que bajo una engañosa apariencia de felicidad, conduce á sus asociados á un abismo de desdichas.

Es, pues, un deber de toda sociedad civil, ó lo que es lo mismo, es un deber de los que la dirigen, el no olvidar los intereses religiosos, sin que sean parte á cesimirlos de una gravísima responsabilidad, ni el pretesto de la tolerancia, ni de la diferencia de los órdenes civil y religioso. Manténgase en hora buena cada potestad en sus límites, no se entrometa la una en las atribuciones de la otra; pero á pretesto de la diferencia de los objetos que deben ocupar á las dos sociedades, no se hagan abstracciones imaginarias; no se considere al hombre del tiempo como si fuera un sér totalmente diferente del hombre de la eternidad, al paso que se cuida de su cuerpo; no se le mire de manera como si careciese de alma: mientras se promueven sus intereses materiales y terrenos, no se proceda de tal modo que se los ponga en contradiccion con los espirituales y eternos. La religion cuida de los negocios espirituales, su objeto es cuidar del alma; pero ¿olvida acaso el cuerpo? ¿no está cubierta la tierra de establecimientos de beneficencia que manifiestan hasta qué punto sabe aliar el celo por la salvacion de las almas, con el cuidado del bienestar aquí en la tierra? Cuando manda á los hombres

que se amen en Jesucristo, como hijos de un mismo padre, como herederos de un mismo cielo, como que han de cohabitar en la misma morada de felicidad eterna, no les prescribe un amor estéril en los negocios terrenos, sino que quiere, escige que se amen con un amor práctico, socorriéndose mutuamente en sus necesidades, no solo espirituales, sino tambien corporales. Y es que la religion cristiana concibe muy bien, que el hombre está formado de alma y cuerpo; que si tiene destinos eternos en otro mundo, tambien tiene destinos temporales en este; que cuidar de lo uno sin atender en nada á lo otro, es obrar prescindiendo de la realidad de las cosas, es querer reducir á la práctica, abstracciones que solo pueden tener cabida en nuestro entendimiento, es impropio de una institucion que haya de producir á la humanidad bienes sólidos y verdaderos.

He aquí una pauta para la sociedad civil, he aquí un ejemplo que imitar, y que está patente á sus ojos hace ya diez y ocho siglos. Si la religion cristiana protestando que su objeto es el alma, que el destino á donde se propone dirigir á los hombres es el cielo, no prestase ninguna atencion á las necesidades de esta vida; si el amor que prescribe á los hombres fuese únicamente con respecto á las cosas espirituales y á la vida de la eternidad, ¿qué diriamos de ella? Pues análogamente se puede hablar de la sociedad civil, donde so pretesto de que el objeto de ésta es la paz y el bienestar temporal, no se considerase al hombre sino en cuanto vive en este mundo, planteando instituciones y sistemas que hiciesen completa abstraccion de que el alma sobrevive al cuerpo, de que á mas de los destinos de esta vida, nos están reservados otros mas altos, mas importantes, mas duraderos para mas allá del sepulcro. Proceder de otra manera, es olvidar un deber sagrado, es dejar abandonados los mismos intereses del orden civil, es no comprender al hombre ni á la sociedad, es mirar las cosas desde un punto de vista muy bajo, es contemplarlas en un círculo muy reducido; y lo que es mas sensible, es envenenar la atmósfera en que vive la humanidad, para dejarla sin esperanza de mejora en su suerte, despues de tantos infortunios como la trabajan en esta mansion de dolores.

Cumpliendo la sociedad con los deberes que hemos indicado, es como se completa la verdadera civilizacion; de otra manera, ni nos deslumbra su esplendor, ni sus riquezas, ni su poderío, ni el mismo bienestar universal, aun cuando lo supusiéramos llevado al mas alto punto. Y no se diga por esto que somos intolerantes, no se diga que pretendemos confundir cosas muy distintas; que tamaña inculpacion seria sobremanera injusta, despues de las aclaraciones que hemos hecho, de los principios que hemos sentado y de la es-

plicita confesion consignada mas arriba, sobre cuál era en esta materia el espíritu del siglo. Por lo demas, si todavía no se quisiere comprender el verdadero sentido de nuestras palabras, diríamos que no hay intolerancia, que no hay confusion de órdenes ni de potestades en afirmar que es incompleto, que es falso, que es funesto un sistema social donde se considere el cuerpo sin atender al alma, donde se aisle enteramente el tiempo de la eternidad.

A propósito hemos reservado el tratar de tan importante materia, despues de la série de artículos que acabamos de publicar, definiendo y esplicando la verdadera civilizacion; y este le hubiéramos contado cual uno de ellos, y comprendido bajo el mismo titulo, á no reflexionar que el aspecto bajo el cual considerábamós aqui la religion, no era en cuanto civiliza á los pueblos, sino en cuanto los guia al soberano complemento de toda civilizacion, al último fin de todo individuo y de toda sociedad, á Dios. Bajo este aspecto nos ha parecido que la religion demandaba un lugar aparte; como elemento civilizador ya habia sido objeto de nuestra apología y encomio, mientras íbamos señalando los caractéres de la verdadera civilizacion; pero en cuanto guia á la eterna felicidad, no puede decirse que forma parte de lo que comunmente se apellida *civilizacion*; es superior á ella, es de un órden mas alto, pertenece á una region mas pura, mas sublime; es á ella lo que el cielo á la tierra, la eternidad al tiempo; lo que son á la sombría luz de nuestra mansion terrestre los inefables resplandores del empíreo.

En España, donde tenemos la dicha de conservar la unidad religiosa del Catolicismo, única religion en que se encuentra la verdad, única religion que puede conducir á los hombres á la eterna salud, es de la mayor importancia el dilucidar á fondo semejantes cuestiones, porque así se fijan mejor las palabras, y se puede impedir quizás que no cundan en el pueblo ideas equivocadas que le predispongan á innovaciones funestas. Es preciso repetirlo: ser tolerante no es ser indiferente; y la religion católica nada tiene que no pueda conciliarse muy bien con las tendencias del siglo, en todo lo que abriga de justo, de suave, de generoso. ¿No se predica la fraternidad universal, no se inculca la necesidad de sufrimos unos á otros, de que la humanidad sea como una gran familia, trabada suavemente con lazos de paz, de beneficencia y de amor? Pues ¿quién puede reunir estas condiciones en mas alto grado que los hombres que profesan una religion cuyo principal precepto es la caridad? Esa caridad, que segun el Apóstol, es *sufrida, es dulce y bienhechora: que no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus inte-*

reses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese si en la verdad, á todo se acomoda. . . . y todo lo soporta. Nuestra religion divina está fundada sobre la cátedra de S. Pedro, de aquel á quien Jesucristo, antes de encomendarle su rebanío, le escigió como por prenda el amor, le preguntó si le amaba, *¿Pedro, me amas?* y que despues enseñaba en sus cartas á los fieles, esta tan hermosa, tan dulce como sublime doctrina: *Sed todos de un mismo corazon compasivos, amantes de todos los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes; no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion; antes al contrario, bienes ó bendiciones; porque á esto sois llamados, á fin de que poseais la herencia de bendicion celestial.*



Faded text at the top of the left page, likely bleed-through from the reverse side.

Faded text in the middle of the left page, likely bleed-through from the reverse side.



Faded text at the bottom of the left page, likely bleed-through from the reverse side.

Faded text at the top of the right page, likely bleed-through from the reverse side.

DE LA ORIGINALIDAD.

Faded text below the title on the right page, likely bleed-through from the reverse side.

Hay en la originalidad algo de tan seductor y brillante que en cierto modo puede decirse que ella ya por sí constituye un verdadero mérito. Leed la obra mas bella que podais imaginar, donde campeen á la par el ingenio, la fantasia y los sentimientos del corazón; ¡ay de esa gloria si al través de los disfraces en que la habilidad del escritor ha sabido encubrir los lineamientos del modelo, alcanzais á conocer que no es en su mente donde se ha vaciado por primera vez la obra! Desde entonces podrá mereceros aprecio, pero no admiracion; leereis con gusto, mas no con entusiasmo.

A esta diferencia entre lo original y lo imitado contribuyen dos causas: es la primera una inclinacion natural que nos lleva á admirar al genio; que nos embriaga de entusiasmo al contemplar sus rasgos; que nos asombra y anonada ante la fuerza creadora: ¡cosa admirable! El trabajo, es decir, aquello en que nosotros tenemos una parte positiva, aquello en que contraemos un verdadero mérito, y que no es un don de la naturaleza; el trabajo, por útil, por digno que sea, nunca logra de nosotros la misma admiracion que la fecundidad del talento natural, y es fácil observar este hecho aun en los actos mas comunes de la vida; en el terreno de la naturaleza, es decir, de la verdad. Este mozo, decimos, es muy aprovechado, tan estudioso, tan asiduo. Aquel tiene un talento brillante; bástale quererlo para aventajarse á todos sus compañeros. Lo primero es el elogio de la aplicacion; lo segundo es un tributo pagado al talento: ¡y cuál, sin embargo, se tiene por mas halagüeño? Es tan palmar la diferencia, que aquel se recibe con frialdad, si no con

disgusto, cuando el otro se recoge con avidez. El hombre se complace en sacrificar el sólido mérito de la laboriosidad al brillante título del talento; ambición, si se quiere, caprichosa, llena de orgullo, de vanidad; pero que muestra el grandor del alma, sus deseos sin límites, su expansion que no cabe en el mundo, el ansia de parecer grande, cuando no pueda serlo. Todos queremos ocultar el sudor que nos cuestan nuestras producciones, todos abrigamos la secreta ambicion de acercarnos á la fuerza creadora que dijo: *hágase la luz, y la luz fué.*

Pero este entusiasmo por la facultad creatriz no es el único manantial de las ventajas de la originalidad sobre la imitacion; tiénele en sí misma, en su propia naturaleza, sin que háyamos de achacar la culpa á la preocupacion ó al orgullo. Lo que es original si es bello, es mas agradable porque es mas bello; y si es grande, es mas admirado porque es mas grande. El mérito de la literatura consiste en la perfecta y atinada imitacion de la naturaleza; pero el imitador de la literatura no imita á la naturaleza, imita al literato. Esta indicacion señala una diferencia inmensa. Desenvolvamos este pensamiento. Los trabajos literarios, tomando esta palabra en su extension mas lata, y si se quiere mas vaga, no son mas que la expresion de nuestro pensamiento, comprendiendo en este vocablo toda operacion ó pasion de nuestra alma. Pues bien: esta expresion nunca será la verdadera, la propia, si no es original; faltárale mas ó menos la primera de las calidades de toda buena produccion, la naturalidad, la verdad. Cada individuo, cada nacion, cada época tiene su carácter, tiene su modo de ver las cosas, de imaginarlas, de sentir las. Prestar lo del uno al otro, es transformar el órden natural, y por lo tanto poner en tortura las facultades del alma; es atajar su expansion, es secar las fuentes de lo bello y de lo sublime. Y cuenta que no se trata aquí de desterrar del mundo la imitacion, solo si de indicar sus inconvenientes, y ponderar sobre todo las ventajas de la originalidad. El que se propone un modelo, por el mismo acto se doblega bajo su autoridad; y cuando se trata de rasgos felices y osados, no es buen agüero empezar bajando la cabeza; sin advertirlo, sin pensarlo, es entonces el modelo el bello ideal, no procuramos hacerlo bien sino en conformidad á lo que á la vista tenemos, y lo que es mas, copiamos por lo comun los defectos, sin copiar las bellezas. Este es el resultado natural de querer violentar las cosas. Los retóricos han escrito largos tratados sobre la imitacion: respetando su mérito, y sin negar su importancia, nos parecen mas propios para una literatura convencional, que para otro objeto. La ideología podria suministrar nos en esta parte abundantes reflec-

nes; pero descamos huir del árido y escabroso terreno de la abstraccion, y espaciarnos por el ameno campo de la historia literaria.

Respetamos la literatura romana, y no intentamos disputarle el alto punto de gloria á que se elevó en su siglo de oro; sin embargo, todavía nos atrevemos á observar que no tomó el rumbo mas acertado para grangearse un renombre que hubiera sido mas justo. Y ¡qué! ¿será quizás esta proposicion demasiado avanzada? Puede ser así; pero al menos no la dejaremos sin apoyo: ¿qué es la literatura romana? Generalmente hablando, un traslado de la griega. Poetas, oradores, filósofos, todos son griegos que hablan en latin; y esto, á nuestro juicio, fué un mal, y mal gravísimo; porque si bien con esto se aseguraron los romanos una regularidad, una belleza artificiosa que de otra manera no hubieran alcanzado, perdieron todo el mérito de la originalidad, no se abandonaron lo bastante á su propio pensamiento, á sus propias inspiraciones, y así todo lo que ganaron en la forma, lo perdieron en el fondo; tuvieron mas regularidad, menos defectos; pero en cambio sacrificaron una buena parte de la elevacion, del fuego, del grandor, que en otro caso hubieran tenido en mayor abundancia.

Despojémonos por un instante de las preocupaciones que se nos han comunicado desde nuestra infancia; atrevámonos á pedir á la antigüedad los títulos con que ecsige nuestra admiracion; no desechemos como una tentacion de orgullo el pensamiento de ¿quién sabe si los antiguos que tanto admiramos no hubieran andado mejor por otro camino?; discurremos con la debida independencia, y entonces no nos parecerán osadas paradojas lo que son verdades inmensas. Es innegable que las ideas romanas, y sobre todo las mitológicas, tienen mucha semejanza con las de los griegos, y que por esta razon sus producciones leterarias no podrán menos de presentar muchos puntos de contacto; pero no nos es dado persuadirnos que el genio romano, ese genio que habia conquistado el mundo, no hubiera encontrado en sí propio mas recursos que el genio griego; no nos es dado persuadirnos que á ese pueblo que habia llevado sus armas desde las columnas de Hércules hasta el corazon del Asia, desde los arenales del Africa hasta lo mas hondo de los bosques de la Germania, á ese pueblo que hasta en el tiempo en que mas se desplegabá su espíritu, tenia todavía ante los ojos el inmenso espectáculo de tanto grandor; no nos es dado persuadirnos, repetimos, que le fuera ventajoso ceñirse á la imitacion de los griegos; de los griegos, que á la sazón solo vivian de recuerdos, y por cierto no tan grandiosos cual los recuerdos y la realidad de la señora del orbe. Si en vez de ceñirse los poetas romanos á traducir ó imitar de los

griegos, si en vez de tener fijas sin cesar las miradas en ese pequeño recinto que se apellida Grecia, se hubiesen espaciado por los arenales de la Libia, por los campos de la Iberia, por los bosques de la Germania y por las nebulosas orillas del Tamesis, si hubiesen estudiado el Asia por sí mismos y no entregándose ciegamente á las relaciones de los griegos, al través de las preocupaciones de ese pueblo tan amable, pero amable como un niño, según la espresion de Bacon; si aprovechándose de las curiosas relaciones que debian de oír de boca de los soldados de las legiones que batallaron en todos esos paises, nos hubiesen presentado interesantes cuadros de costumbres, descripciones de nuevos paises; si hubiesen dado una forma poética á las inspiraciones de César, ¿qué interés tan nuevo no hubieran ofrecido? ¿cómo se hubiera desatado su alma tan llena de fuego á la vista de unos lugares testigos de la gloria de un padre, de un hermano ó de un amigo, regados quizás con su sangre, ó consagrados con sus despojos mortales? Recorred las las sublimes odas de Horacio; ¿cuándo es mas bello? ¿cuándo es mas sublime? Cuando canta las grandezas y las victorias de Roma, cuando es romano, solamente romano; cuando olvida un poco aquel su celebrado precepto "vos exemplaria Græcæ nocturna versate manna versate diurna." ¿Es griego Tácito? ¿Es escritor, entregado tan solo á merced de un pensamiento profundo y sombrío, y de un corazón ceasasperado por la vista de la tiranía y agriado por la corrupción? Y sin embargo, ¿cuál es el autor romano que se hace leer con mas gusto? ¿quién no ha devorado con avidez aquellas páginas en que pintando tan admirablemente su objeto, retrata con tan vivos colores su grande alma?

La filosofía de los romanos se resiente un poco del mismo defecto; es una repetición de la de los griegos y nada mas. O si no, ¿qué es lo que ha creado de original? Uno de los mas claros talentos de la antigüedad, el filósofo mas aventajado de Roma, Ciceron, ¿qué nos ha dicho que no se halle en los griegos? ¿brilla en sus obras una filosofía nueva, cual parece era de esperar de su portentoso ingenio? No seremos nosotros quienes le juzgemos acerca de este punto; no será tampoco un hombre desafecto á los antiguos; será un escritor muy versado en la literatura romana, muy aficionado á ella, D'Aguesseau.

"Ciceron, dice el ilustre Canciller, mas orador que filósofo, propio mas era para esponer los pensamientos ajenos que para pensar por sí mismo." Estas son sus palabras en su instruccion, tratando del estudio del derecho; juicio severo sin duda, quizás demasiado duro. No estuvo el mal en la falta de genio, como parece preten-

derio D'Aguesseau, sino en las circunstancias en que se hallaba Ciceron. Ciceron hubiera sido mas filósofo, si se hubiese parado mas en el fondo que en la forma, y hubiese pensado mucho mas por sí mismo; si no teniendo la cabeza tan henchida de conceptos ajenos, y no tan preocupado por el mérito de los filósofos que le habian precedido, se hubiese arrojado por el difícil sí, pero fecundo camino de la invencion.

Es esto tanta verdad, que es bien notable que los romanos se aventajaron mas en aquellos ramos en que tuvieron poco que imitar. Sabido es que la jurisprudencia, en su parte propiamente científica, en cuanto constituye una série de estudios sobre los ramos de legislacion, y muy particularmente sobre el derecho privado, se debe principalmente á los romanos; aquí puede decirse que fueron originales; pues bien, aquí mismo cabalmente es donde fueron mas grandes.

Conviene notar que para ciertos talentos es un gran recurso la imitacion, á veces es imposible la originalidad, y bueno es que si no pueden acuñar nueva moneda, al menos sirvan para dar circulacion á la corriente. Pero para los talentos superiores es una verdadera calamidad la imitacion, es abandonar su puesto, es no querer aprovechar los dones con que les ha favorecido el autor de la naturaleza, y de aquí es que debe considerarse como un mal muy grave para la gloria literaria de una nacion el que se arroje á imitar, porque como es sobremanera difícil que los hombres, por superiores que sean, alcancen á sobreponerse á la atmósfera que les rodea, todos imitarán; aun los primeros talentos serán arrastrados por la corriente, y los que podrian producir obras originales de insigne mérito, consumirán sus fuerzas en imitaciones mas ó menos felices.

Si hay una literatura verdaderamente nacional, si los modelos se escogen dentro del mismo pais, los inconvenientes no son tantos, por que entonces el escritor lleva siempre en sí algun germen de originalidad, pues que imitando lo que está pintado sobre los mismos objetos que le afectan, no tendrá que hacerse violencia y se desenvolverán mas fácilmente sus talentos naturales.

Quando se habla del renacimiento de las ciencias y de las letras en Europa, se pondera como una felicidad sin límites cada hallazgo que se va haciendo de las obras de los antiguos; se asegura que la toma de Constantinopla, arrojando á las costas de Italia los últimos restos del saber griego, produjo á la Europa beneficios inmensos.

Confesaremos que contribuyó mucho al desenvolvimiento del espíritu humano en Europa el hallazgo y la circulacion de las obras de los antiguos; confesaremos tambien que los espíritus siguieron la

dirección que era regular en aquellas circunstancias; pero juzgamos que aquella no fué la mas acertada. No era la mas acertada, pero la mas natural; porque natural es que lo muy brillante deslumbré, que la novedad interese, y que rindamos una especie de veneración á todo cuanto se eleva mucho sobre nosotros. Y tales circunstancias reunia sin duda á la sazón la literatura antigua. Convenia sin duda cultivar la antigüedad: saludable era el entusiasmo que por semejante cultivo se escitaba; pero ese entusiasmo fué excesivo y no contribuyó poco á retardar la marcha de los conocimientos. Rico caudal ofrecían los manuscritos de los antiguos; pero la Europa poseia tambien caudales inmensos; y si se ponian á logro los primeros, necesario era hacerlo sin embargar el fruto de lo segundo; convenia reparar que nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestros hábitos, nuestras leyes, nuestros climas, nuestra organización doméstica y social, nuestros sistemas políticos, eran muy diferentes de todo lo antiguo, y que por consiguiente era imposible que nuestra literatura se amoldase del todo á la antigua: que el obrar así era forcejar contra la naturaleza de las cosas, era tomar un empeño que no podia cumplirse, era, por decirlo así, una reaccion que en mayor ó menor lontananza preparaba una revolución.

Tal fué el fanatismo por la antigüedad, que varios literatos, no contentos con trocar sus nombres en otros latinos ó griegos, no satisfechos con entregarse sin tasa al estudio esclusivo de la literatura griega y romana, hasta escrupulizaban en ver aquellos libros que trataban de religion, solo por el pueril recelo de que no se pegase algo de poco latino á su gusto afectado y melindroso; singular estratagemas, que llegó hasta á causarles un desvío por la lectura de la Biblia, no fuera caso que el traductor latino nos inficionara con alguna frase que no fuese de todo punto ciceroniana. Prescindiendo de los males que debió de acarrear á la misma latinidad y al cultivo de la literatura griega y romana, ese furor de imitación, esa completa abnegacion de sí mismos en las aras de un fanatismo literario; débese advertir que nada fructifica en el órden intelectual, si no es plantado y cultivado por la razon y el buen juicio; todo se ahoga y marchita con la destemplanza y la esageracion. Pero remontándonos á otra esfera superior y mas en contacto con el objeto de la presente tarea, qué efecto más triste no debió de producir ese servilismo imitador para la causa de las ciencias y de la literatura? Desde luego se echa de ver que vueltos los ojos hácia la antigüedad, fijos allí con una especie de admiracion, de estupor, de hechizo, muchos sábios y literatos debieron de olvidarse del mundo real para vivir en otro de recuerdos, descuidando la rica y grandiosa ci-

vilizacion que en torno suyo se iba magníficamente desenvolviendo, para admirar solamente las arengas de los antiguos foros; y la religion con su admirable sublimidad y bellezas, y la humanidad con sus grandes adelantos hácia un órden social y político incomparablemente mejor que el de los antiguos, y la literatura propiamente europea, con su brillo naciente sí, pero encantador y lleno de presagio de un inmenso porvenir, todo debia desaparecer á sus ojos, todo eclipsarse; y el saber y el genio, y la civilization y la cultura, solo pudieron encontrarse en Grecia y Roma. En tal caso la literatura no era ya una expansion del alma donde retrafárase con toda su variedad, con todos sus matices: fué una cierta cosa fija, estable, que tenia un tipo del que no era licito desviarse: hubo un culto esclusivo, intolerante, que no admitió en su comunión á quien no respetase hasta los yerros de los antiguos, y el espíritu del hombre se precipitó con la funesta idea de que la fuerza creadora se habia como agotado en la produccion de los grandes ingenios de Grecia y Roma. Así fué como el entusiasmo por los modelos, como el ciego furor de la imitación acarreó á la ciencia y á la literatura gravísimos males; así fué como se cegaron, mas de lo que se cree, los manantiales de la inspiracion y del genio; así fué como se hizo que marchasen en direcciones divergentes la literatura y la sociedad. Y no se compensaron ciertamente los daños con los bienes de la regularidad y cultura que nos trajo el estudio de los antiguos, pues ignoramos que haya uno mas grave en este punto que el hacer que la literatura y la sociedad estén animados por dos espíritus diferentes, el hacer que el hombre no pueda recibir las inspiraciones de los objetos que le rodean, y que el literato haya de ser como un extranjero que solo vive de recuerdos, y que espaciándose por un mundo ideal, haya de estar privado del contacto y fraternidad con los demas hombres; que los acentos de armonía no hayan de ser una exaltacion de la naturaleza, sino un eco de lo que se dijo allá, á la distancia de veinte siglos.

Una literatura semejante tiene siempre un inconveniente, y es que nunca puede ser popular, y por tanto ni alcanzar profundo arraigo, asegurada duracion. Se circunscribe á un número por necesidad muy limitado, lleva el manto de la erudicion, las señales de largas vigiliass, de asiduos trabajos, y por tanto es poco natural, es afectada; pretende la palma, no precisamente del genio y de la belleza, sino del saber adquirido á costa de penosos sudores. Meniguadas disposiciones para que pueda presentarse ufana y rozagante; para que pueda ser variada y una como la naturaleza, voluble y delicada como nuestro corazón, tierna, cándida, natural co-

mo las producciones espontáneas de un suelo benigno y fecundo. Apliquemos estas observaciones á la historia literaria de España.

Al renacer las letras en Europa, elevóse el ingenio español al mas alto punto de esplendor: el brillo de nuestra literatura parecia competir con el grandor y brillo de aquel imperio, en que no se ponía jamas el sol; pero si fijamos profundamente nuestra atencion sobre los mas bellos florones de nuestro siglo de oro, veremos que son aquellos cabalmente en que el autor se olvidaba, por decirlo así, de su erudicion, y en que movido por alguna circunstancia grandiosa, ó abandonándose á los sentimientos recibidos de los objetos que le rodeaban, daba rienda suelta al vuelo de su fantasia y á las inspiraciones de su corazon, desatando su alma como en plateados raudales, en las espresiones de nuestra hermostísima lengua. Dando un paso mas, y cuando nos acercamos á la época de decadencia, nos encontramos con un nombre inmortal, honor del genio español y hasta, del espíritu humano, con Cervantes. Pues bien, ¿dónde es mas bello, mas rico, mas interesante? ¿es allí donde pone en boca de su discreto loco, ó de otros actores, alguna de aquellas pláticas en que se encuentra como derramada la erudicion antigua y el sabor de griegos y romanos, ó allí donde da libre curso á su fantasia, recordando solo que es español, soldado, cristiano, enamorado? ¿allí donde nos describe los usos y costumbres del pais, donde nos retrata los caracteres, donde satiriza los vicios y las ridiculeces, donde Cervantes se olvida que haya leído, y solo se encomienda en brazos de su genio festivo, de su vista perspicaz, de su razon juiciosa, de su discrecion finísima, de su corazon delicado, de su portentosa fantasia? Dígalo quien le haya leído una y mil veces, siempre con el mas vivo interés, hallando siempre frescura y novedad, perdiendo á cada paso la gravedad de buen ó mal grado, merced al inagotable ingenio del escritor. Allí hay la originalidad con todo su mérito, con todo su interés, con todos sus atractivos, con toda su belleza: allí hay el génio en todo su candor, en toda su naturalidad, sin los atavíos de una afectacion pueril, sin el fárrago de una erudicion pesada, sin la monótona gravedad de una razon fria, que quiere pasar plaza de una completa madurez, adquirida en los largos trabajos del gabinete. Cervantes se espacia libremente, salta como la mariposa, por entre ramages y florestas, susurra como la abeja, en torno del cáliz de la flor, y forma el sabroso jugo de una lectura que jamas cansa. ¿Qué grato es entonces encontrarse con aquellos ligeros descuidos, con aquellos olvidos que muestran la espresion, el derramamiento del genio, que libre de trabas, conduce rápidamente la pluma sin repasar siquiera lo que ha escrito, que espere las be-

llezas sin advertirlo, sin ufanarse, sin pretensiones de literato ni erudito! ¡Ah! ojalá que nuestros escritores no hubiesen desnaturalizado su genio con su manía de ser retóricos, y que en vez de pretender ser oradores ó poetas de profesion y arte, de acreditarse de cultos, hubiesen ensanchado mas y mas la vasta esfera en que se espaciaron los escritores del siglo de oro, pidiendo sus recuerdos á los héroes de Covadonga y de Clavijo, á las leyendas de los árabes, y formando esa literatura semi-oriental á que tan bien se brindaba nuestro suelo, nuestro clima, nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres, y hasta el dejo arábigo de nuestra propia lengua.

Quizá no se halló pueblo alguno de Europa en tan oportuna situacion para reunir el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía, los perfumes de la Arabia, con el helado aquilon, la fuerza y la blandura, el ardor y la calma, la ternura y la impetuosidad. Los descubrimientos del Oriente y de la América, la vuelta del mundo, las conquistas gigantescas, la vista de pueblos tan varios en idiomas, religion y costumbres, el mismo poderio avasallador de nuestra monarquía, todos estos elementos que sin duda contribuyeron notablemente á dar vuelo al ingenio español, ofrecianle anchuroso campo para espaciarse, y le suministraban todo linage de materiales para levantar monumentos grandiosos; todo esto le escusaba bastante de no impregnarse en tal manera de ese fárrago de erudicion, que rebosando despues por todas partes y no encontrando fácilmente nuevos senderos por donde encaminarse, despues de haberlos recorrido con tanta gloria los escritores del siglo de oro, se desataba como raudal turbio estragando miserablemente el buen gusto, y haciendo nacer una literatura indefinible y monstruosa.

Cuando hubo transcurrido esa época tan triste para la literatura española, cuando se entró, por decirlo así, en el empeño de una restauracion, se notó por largo espacio una frialdad, una esterilidad, que causa lástima. No se ve en ninguna parte levantarse un genio, parece que la nacion que habia llegado al borde del abismo bajo el reinado de Carlos II, habia perdido tambien su primitiva fecundidad literaria, su vigor y lozanía. Pero ¿por qué? ¿faltaban los recuerdos, faltábanos el clima, faltábanos la lengua? no: el mal estaba en que se acometió la empresa entregándose á una servil imitacion de los escritores del siglo de Luis XIV, cuyo brillo era natural que nos deslumbrase; que nos deslumbró en efecto, y que ahogó por largo espacio hasta el pensamiento de la originalidad. En la literatura antigua se habian encontrado antes las columnas de Hércules del ingenio humano; ahora se las encontraba de nuevo en el siglo de Luis XIV; se las duplicaba, como si no hubiera bastada

una barrera sola. Donde no alcanzase Horacio, llegaba Boileau, donde no Sófocles, Cornille, donde no Demóstenes y Ciceron, Bossuet y Bordonone; y el ingenio español se amilanó por haber oído un terrible *non plus ultra*. *Plus ultra*, podían clamar las sombras de Colon y de Magallanes, *plus ultra* las sombras de Hernán Cortés y de Pizarro, *plus ultra* las sombras de Ereilla, desde los bosques del Arauco.

Tuvimos regularidad, no incurrimos en faltas, observamos las reglas. Pero ¿ignórase acaso que es malísima señal el no hallarse que reprender en una producción, que es esto indicio de las reglas del artista apocado, y no de los osados rasgos del genio!

Los inconvenientes de la imitación, grandes en todas partes cuando se llega á tomarla por sistema, lo son mucho mas en España, á causa de que nuestra sociedad ha tenido siempre, y conserva aún cierta fisonomía característica muy diferente de todas las demas; y así es que ha debido sentarse con mucha mayor fuerza la violencia sufrida por el ingenio español, cuando se le ha querido encajonar, por decirlo así, en el carril abierto por otras naciones. Con el entronizamiento de la casa de Borbon, se procuró que nuestra monarquía tuviese con la de Francia toda la analogía posible, y el reinado de Carlos III ofreció mas de un punto de semejanza con el de Luis XIV. Como en países donde el monarca reina absoluto, tiene el gobierno de éste mucha influencia en señalar el giro hasta á la literatura, nos hicimos franceses, no solo en cuanto á la política, sino también en las letras. Como si las ideas dominantes en la estrecha esfera de la política, pudiesen derramarse en breve sobre la sociedad; como si esto lograrse fecundizar el genio nacional, no pasando su influjo de un círculo muy limitado, como si fuera capaz de engendrar otra cosa que frívolas y vanas dedicaciones, y composiciones y trabajos de real orden.

Ha resultado de aquí un mal harto grave, y es, que no solo hemos imitado en el fondo, sino hasta en la expresión, en la lengua. Y no es poco lo que ha sufrido el habla de Garcilaso, de Fray Luis de Leon y de Cervantes.

Con laudable celo han procurado remediar tamaño mal algunos escritores distinguidos, y uno entre ellos hasta se ha arrojado á hacer frente á la sonrisa del galicismo, hablando en el siglo XIX la lengua de una manera, que no parece sino que estamos leyendo un escritor del siglo XVI. A decir verdad, confesamos que nos place sobremanera el encontrar en un escritor moderno el sabor del antiguo lenguaje español, y que en gracia de lo puro y castizo del lenguaje, disimularíamos de buen grado algunos deslices en el vicio cercano,

cual es el de la afectación. Pero fuerza es reconocer también, que si bien este medio de restaurar la lengua no deja de ser provechoso, dista mucho de poder producir efectos que se hagan sentir con alguna generalidad. Es ventajoso sin duda que los jóvenes tengan modelos que consultar, donde puedan beber en su pureza el idioma español; pero si los remedios no son mas radicales, no se obtendrá efecto notable, y el que se obtenga será poco duradero. Duro empeño es forcejar contra la corriente; perdonáse á escritores de nombradía asentada, como se perdonó á Mariana, quien, según expresión de Sauvedra, “asi como otros se tienen las barbas por parecer mozos, así él por hacerse viejo;” pero por lo demas, hay allí sobrado estudio, siéntese algo de afectación, pálpase la dificultad que ha debido de superar el autor para hablar una lengua que no está en uso, y esto es bastante para que pase el trabajo como una cosa meritoria, singular, interesante si se quiere, pero que para reformar el abuso no dejará de ser estéril. Es una especie de reacción sobrado violenta, y las reacciones no son lo mas á propósito para producir buenos resultados.

Demas que aquí median otras razones, que es preciso meditar bien. Cuando hay imitación en la lengua, es porque la hay en el pensamiento, y esto esplica bastante que los remedios dirigidos á la lengua son meros paliativos. Pero ¿y el mal en el pensamiento, cómo se cura? ¿dejaremos de imitar en el orden de las ideas? He aquí la cuestión en toda su gravedad, en toda su desnudez.

Cuando una nación imita, es necesario que medien para ello causas, porque nada se hace en el mundo sin razon suficiente. Esta causa se halla por lo comun en que una nación tiene otra á la vista, mucho mas adelantada en civilización ó en cultura, y cuenta que nos valemós de la disjuncion, porque estas palabras espresan, ó al menos deberían espresar cosas muy diferentes. Si hallarse pudiesen dos pueblos cuyos principios de civilización y cultura fuesen enteramente los mismos, entonces sería mucho mas natural que el que anduviese detras imitase al que marcha delante; entonces el pueblo imitador y el imitado, como salen del mismo punto y se dirigen al mismo término y todos por idéntico camino, vendrían como á confundirse en uno solo; el uno sería el tronco, el otro una rama. Pero sucede á menudo que dos pueblos de civilizaciones muy diferentes, quieren asemejarse en cultura, y esto es el origen de grandes extravíos. La civilización romana era muy distinta de la civilización griega; halláronse los romanos con el esplendor, con la belleza de la cultura griega; de buen ó mal grado, tuvieron que emparejarse á Cúgulo y Aristides, Escipion y Alcibiades, y esto era imposible: aque-

los hombres en nada se parecían. Los pueblos europeos, sedientos de saber, se encontraron con los monumentos de Grecia y Roma, deslumbráronse: no se pararon en la inmensa diferencia de su civilización, y el cielo cristiano hubo de dar junto con el olímpo de los elisios, y la cruz con los dioses inmortales. El contraste es vivo, chocante, y no encontramos cosa mas á propósito para hacerle resaltar y al mismo tiempo para expresar todo nuestro pensamiento, que el secretario del Papa Leon X, el célebre cardenal Bembo, llamando á Jesucristo un héroe, á la virgen *Dea lauretana*, y haciendo decir al Papa al anunciar á los príncipes y reyes su exaltación al pontificado, que él había sido creado pontífice por los decretos de los dioses inmortales.

Una gran cuestion ha ocupado en tiempos recientes á los literatos y á los filósofos, sobre las ventajas del cristianismo y del paganismo con respecto á la literatura, y en particular á la poesia. Pues bien, esta cuestion, no siendo de pura teoría, antes sí de práctica, en cuyo caso podia considerarse como un litigio entre la musa cristiana y la musa pagana, en que se disputaban la preferencia, y aun el establecimiento; no siendo, repetimos, de pura teoría, hubiera sido absurda, ridícula, si no hubiera sido necesaria; y decimos necesaria, porque tal habíanla hecho la monstruosa confusion de ideas, que merced á la ciega imitacion de los antiguos se habia introducido.

Por lo demas, á no mediar preocupaciones, la cuestion era muy sencilla: ¿el paganismo puede ser el alma de la literatura moderna? ¿puede continuar disfrutando de la preponderancia que habia adquirido? La respuesta debia ser muy fácil, consistia en una pregunta: ¿puede contarse con entusiasmo lo que no se cree, lo que se tiene por absurdo, lo que se mira como un tejido de bellas mentiras? ¿puede encontrar eco en la sociedad, lo que es rechazado por las ideas, costumbres y leyes de la misma sociedad? ¿puede entronizarse en el reino de la literatura lo que ha sido destruido y abolido para siempre en el órden social? ¿Si ó no? Si se nos responde que sí, entonces diremos que la literatura es un puro pasatiempo, un juego, no es la expresion de la sociedad, no es la expresion del entendimiento, no la efusion del corazon; es un arte frívolo en que pueden atarearse los ociosos y desocupados, que puede servir como para lucir la habilidad, el ingenio y el trabajo, pero que no echará nunca raices en la sociedad, será una planta artificial, bella si se quiere, pero sin vida, sin aroma, sin fruto. No tenemos asegurarlo; la cuestion presentada bajo este punto de vista, no llega á cuestion, no hay dos resoluciones; es un teorema, una verdad clarísima; el ponerla en duda, es no comprender lo que es literatura, es una

aberracion inconcebible. Y sin embargo, merced al prurito de imitacion, este teorema era una cuestion, y cuestion dudosa. Confundíase con otra de la que debe prescindirse enteramente, cual es si en literatura la fábula del paganismo es preferible á la religion cristiana. No debia tratarse de esto, sino de si una literatura impregnada de mitologia, no era para nosotros un contrasentido. Porque ¿qué os parecería si viérais en los juegos olímpicos disputar la palma la poesia hebrea á la griega? Así es que Chateaubriand, no tanto resolvió la cuestion de preferencia, como hizo sentir la necesidad del cambio.

No es tanta la diferencia que media entre los pueblos modernos entre sí, como la que se halla entre éstos y los antiguos; porque su civilización dimana toda de una misma raiz, y son numerosos los puntos de contacto y los aspectos de semejanza. Sin embargo, á pesar de ser uno mismo el color, no dejan de ser muy variados los matices, y esta variedad basta para producir considerables daños cuando se quiera importar en un pais la literatura de otro. Los críticos ingleses se quejan justamente de que con la restauracion se les introdujo la escuela del siglo de Luis XIV, que imitada por largo tiempo por sus primeros ingenios, contribuyó no poco á disminuir el número de las producciones originales, y alejando la época en que pudiera ser debidamente apreciado el mérito Shakespeare; sin que se crean integrados del daño por lo que ganó durante esa época su literatura en regularidad, en exactitud, y hasta en gracia, en cuanto así puede apellidarse el resultado de ingeniosos esfuerzos, sujetados inflexiblemente á las reglas de un arte, y á la imitacion de los modelos que se tienen á la vista. Nosotros, con mas razon que los ingleses, podemos lamentarnos de tal daño, pues que ha sido mucho mayor que entre ellos por la suma facilidad de causármolo. Fronterizos y dominantes los franceses, han ejercido sobre nosotros una influencia sin limites, y á pesar de las hondas diferencias que distinguen nuestra civilización de la suya, nótese hace mucho tiempo el tenaz empeño de hacernos cultos á la francesa, literatos á la francesa, y ojalá no hubiese habido tambien el empeño de civilizarnos á la francesa.

En la larga distancia á que marcha de nosotros esa gran nacion, en el inmenso poderío que le asegura sobre nuestro pais una poderosa influencia, no solo sobre nuestro suelo, sino tambien sobre la Europa entera, hay un grande obstáculo para que podamos desentendernos de su influencia literaria, mayormente cuando en los tiempos actuales no puede ninguna nacion aislarle en lo que toca á las ciencias; y siendo los franceses por su genio comunicativo, los pro-

pagadores natos de todos los conocimientos de Europa. Estas circunstancias embarazarán por mucho tiempo nuestro movimiento literario; y si nuestra patria puede levantarse de la prostracion en que la tienen abatida tantas guerras y discordias, es regular que el ingenio español participará del mismo desfallecimiento, y que no tendremos el gusto de ver muchas producciones originales.

Entre tanto, si se nos pidiera cuáles son los medios mas á propósito para restaurar nuestra literatura, para darle vida y originalidad; si nos fuese dado dirigir una palabra á esa juventud que se levanta tan sedienta de saber, y que ciertamente es digna de mejores tiempos, le diríamos que sin descuidar el gran movimiento científico y literario que se está operando en Europa, sin descuidar las modificaciones que consigo llevan hasta en la lengua, los adelantos de la filosofía, procuren ser ante todo españoles. Si quereis estudiar la historia, consultad enhorabuena á esa escuela filosófica rica de observacion que se ha levantado en el presente siglo, y que andando el tiempo dará grandes frutos de verdad; pero no olvidéis el escurrir nuestros archivos, revolver nuestras crónicas, y leer con incansable teson nuestros sábios y sensdos historiadores. Si os abandonais á las inspiraciones de la literatura, prendaos en hora buena del fuego de los sentimientos, de la viveza de los colores, de la osadía de los rasgos con que se distinguen esas producciones tan variadas, tan ricas, que esmaltan algunos paises estrangeros; pero si quereis andar tras sus pisadas, no cerréis la puerta á la inspiracion, no malogreis las prendas con que os ha dotado la naturaleza, buscando en la historia estrangera los tipos de vuestras concepciones. ¿Acaso no os ofrecen bastantes materiales una tierra donde encontráis á cada paso la torre de los sarracenos, al lado de un castillo feudal, una mezquita convertida en templo cristiano, donde oís todavía los sentidos trobos en que se recuerda la colosal lucha de dos grandes pueblos, de dos grandes principios religiosos, de dos civilizaciones; por el largo espacio de 800 años? ¿Nada podrá decir á vuestra inspiracion un pueblo que salido de la cueva de Covadonga avasalló el poderío de la media luna, sojuzgó la Italia y la Flandes, dominó el Africa, descubrió un nuevo mundo, é hizo conquistas que parecerian fabulosas si no fueran tan recientes?

No cabe placer mas puro despues de tanta lectura francesa, que solazarse con nuestros escritores del siglo de oro, y hasta es una diversion no escasa de provecho, el pasar algunos ratos con nuestros escritores de la época Gongorina. A pesar de sus estravios, á veces intolerables, conservan todavía cierta pureza de lenguaje, cierto sabor tan español, descúbrense tantas trazas de costumbres que em-

pezamos á olvidar, hay tanta travesura de ingenio, recógese tanta luz para comprender á fondo nuestra sociedad, y aun para explicar las causas de nuestra decadencia, de nuestras revoluciones y desdichas, que á buen seguro que quien haya empezado á saborearse en su lectura, andará afanoso en busca de libros españoles; y á pesar del empalagoso afilosophamiento de que está saturado el aire que respiramos, no verá con repugnancia los títulos peregrinos, las dedicatorias extravagantes, las aprobaciones pomposas de que andaban atestados nuestros libros. Un verdadero filósofo recogerá mucho oro en medio de aquel indigesto é informe montón de materiales: allí estudiará, allí verá con un conocimiento intuitivo á la sociedad española, de allí copiará los caracteres, los cuadros verdicos interesantes, si es que se dedique á las bellas letras; de allí tomará rico caudal de reflexiones para proceder con seso y mesura, si es que su destino le dé alguna influencia en los negocios de nuestra patria.

Y no es que no conozcamos la inmensa distancia que de aquellos tiempos nos separa, no es que se nos oculten los adelantos de la filosofía y las hondas diferencias que esto ha debido introducir hasta en el lenguaje; pero por ser diferentes y aun lejanos los tiempos, no dejan de influir todavía sobre la época presente; y aun si bien se mira, la misma lejanía es un manantial de ilusiones poéticas.

Tal vez nos hemos equivocado en el modo de mirar esa importante materia, quizás nos hemos dejado llevar por la pasion que tenemos, y lo decimos sinceramente, y hemos tenido siempre por la originalidad. No pretendemos desterrar la imitacion; conocemos que es útil, que en muchas cosas es necesaria, pues que la mayor parte del linage humano, no ha nacido para abrir nuevos senderos, sino para seguir los ya trillados. Pero hemos querido sí, hacer notar los excesos que en esta parte ha habido; hemos querido sí, que se advirtiese que estos excesos habian acarreado males de monta á la literatura y á las ciencias; y que se viese la necesidad de reducir la imitacion á sus justos limites, y que se procurase no esterilizar el ingenio, sujetándole á trabas que para nada son necesarias.

Echase de ver que no era de este lugar el entrar detalladamente en señalar reglas para la imitacion: esta es tarea que no han descuidado los retóricos, y que hubiera estado fuera de su puesto en un breve artículo, en que solo se trataba con algunas indicaciones, de llamar la atencion sobre un punto que tan ancho campo presenta á la investigacion filosófica, que tanto interesa á la verdadera inteligencia de la literatura, y que afecta profundamente su porvenir.

No simpatizamos con esa escuela llena de talento y de monstruo-

sidades, que no solo ha saltado las eternas vallas prefijadas por la razon y el buen gusto, sino, y esto es lo mas doloroso, ha olvidado que la literatura es para moralizar y no para corromper; pero confesamos francamente que esa especie de revolucion que se ha practicado contra el clasicismo, es decir, contra la imitacion reducida á sistema, y con todos los atavíos del saber, de la erudicion y del buen gusto, la miramos hija de causas muy naturales y legítimas, demandada por la misma fuerza de las cosas, en armonía con nuestras necesidades sociales, y destinada á alcanzar su blanco, que será armonizar la sociedad y la literatura, quitar ese divorcio que circunstancias infaustas habian acarreado, y hacer que siendo las producciones del genio la verdadera expresion de la sociedad, no sea un mero pasatiempo, sino una efusion del alma; no un arte limitado á la esfera de los eruditos, sino una armonía celeste que pueda hacer resonar sus acentos muy alto, esparciéndose sobre las otras clases; creándose así una literatura somal ó social, una reciproca correspondencia en que la sociedad influya sobre la literatura, y la literatura sobre la sociedad.



EL ABATE DE RAVIGNAN.

Nada de cuanto puede influir sobre los destinos de la Francia, debe ser indiferente á los ojos de un observador de las sociedades modernas, porque lo que tiene accion sobre aquella, lo tiene sobre éstas. Así, es de la mayor importancia el fijar la atencion sobre los grandes hombres que descuellan en este pais, porque aun suponiéndolos de dimensiones mas pequeñas que los hombres eminentes de otros paises, se hallan indudablemente colocados en una posicion más á propósito, sea para el bien, sea para el mal. Sin entrar ahora en investigaciones sobre el conjunto de causas morales y aun físicas, que contribuyen á la produccion de semejante fenómeno, causas en cuyo señalamiento andarian muy discordes las opiniones, menester es confesar un hecho que salta á los ojos de todo el mundo, cual es que la nacion francesa tiene algo de mas *comunicativo* que las demas de Europa. Esto, ni es un título de superioridad, ni tampoco es siempre una ventaja: no juzgo el hecho; no hago mas que consignarlo. Pero lo cierto es que si una idea, si una institucion se han de generalizar, si han de estenderse por todo el mundo, es necesario que vayan á Francia á buscar, por decirlo así, el sello de *cosmopolitismo*; cuando se hayan difundido por la Francia, pueden estar seguras de su propagacion por el universo. Para este efecto no sirven tanto ni la altanera seriedad del inglés, ni la meditada fiema del aleman, ni la sesuda gravedad del español; necesitase algo de aquella flexibilidad, de aquella ligereza, de aquella prontitud y vivacidad que caracterizan el genio francés; á veces hasta conviene aquel entusiasmo, que en otros paises se calificaria